

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo, 20, 1-17): *Yo soy el Señor, tu Dios.*

Salmo (18, 8.9.10.11): *«Señor, tú tienes palabras de vida eterna»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 22-25): *Nosotros predicamos a Cristo.*

Evangelio (Juan 2, 13-25): *No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.*

Después de haber salido del desierto (tentaciones) y haber bajado de la montaña “*evasiva*” de la gloria del mundo a la llanura de la vida cotidiana, vivida al servicio de los demás con la entrega de la propia vida, nos proponemos despojarnos de todo aquello que no nos deja ver las señales del camino que nos lleva a la Pascua.

Instalados en la ley del cumplimiento de las prácticas de siempre, muchos cristianos no somos capaces de salir de la comodidad que supone una vida rutinaria y repetitiva que no aporta nada a nuestra vida personal y comunitaria. Las personas debemos tener en cuenta que la ley, nunca es un fin en sí misma, es siempre un medio que nos ayuda a no salirnos del camino que hemos de recorrer para alcanzar las metas que nos hemos propuesto en la vida para llegar a ser libres y felices.

Al pasaje que nos muestra hoy el evangelio, solemos llamarlo: “*la purificación del Templo*”. Inmediatamente viene a nuestra mente las escenas de los vendedores de animales viendo cómo Jesús los dispersa y los echa fuera del Templo. Pensamos también en los cambistas, los que realizaban el intercambio de monedas para que los peregrinos tuvieran las monedas “*puras*” que podían ofrecer en las alcancías del Templo. Eso es lo más obvio y, gracias a muchas películas, es quizá lo más espectacular.

El gesto profético de Jesús al echar a los mercaderes del Templo de Jerusalén, denunciando el cambio de finalidad del templo convirtiéndolo en un negocio religioso, con la pretensión de alcanzar favores por medio de las ofrendas a la divinidad, y conseguir así la “*gracia*” para seguir haciendo lo mismo; pretende hacernos caer en la cuenta de que lo realmente necesario es acercarnos a Alguien que nos invita a entrar en relación personal con Él, que nos ha llamado a ser pueblo en una comunidad de personas salvadas y tratadas como hermanas.

La misericordia y la ternura, la justicia y el derecho son los atributos con los que Dios quiere ser reconocido y honrado. El verdadero espacio de encuentro con Dios está dentro de uno mismo y en la atención con los hermanos. Es ahí, en las personas, donde nos encontramos con el Dios de Jesús que vive resucitado en cada brazo que se lanza a auxiliar a los hermanos caídos, ahogados y maltratados. Esos hermanos y hermanas a los que, muchas veces, no les dejamos ni siquiera entrar en los templos y, por eso, los tenemos en la puerta. No es en edificios sino ahí donde encontramos a Dios, pues es con ellos con los que el Señor está.

Los cristianos miramos a la cruz para entender el misterio de ese templo destruido y reconstruido en tres días. Es ahí donde encontramos la profundidad del amor de Dios, que se da totalmente por nosotros. Es ahí donde caemos en la cuenta de que sigue viviendo en los crucificados del mundo, es ante la cruz de Jesús donde aprendemos que Dios nos ama con un amor que no busca apropiarse del otro, sino entregarse a él. Es ahí donde intuimos que el templo de su cuerpo ha sido reconstruido de una manera inimaginable, y que ese cuerpo glorioso sigue presente de manera misteriosa en nosotros.

Cristo vivo en su Palabra. Cristo vivo en los sacramentos. Cristo vivo en los santos de todos los tiempos. Cristo vivo en los más pobres y en los últimos de la tierra. No es en edificios sino ahí, en el cuerpo resucitado del Señor, en donde podemos encontrarnos con Dios. La muerte y la resurrección de Jesús son el camino y la fuente de nuestra verdadera fe. Por eso el evangelista hoy nos dice una frase que puede resultar un poco extraña: **«Muchos creyeron en él, al ver los prodigios que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos...»**.

Jesús no se fía de una fe que nace y se sostiene solamente al ver prodigios. Habla de purificar también esa fe que se nutre de lo maravilloso. El que cree de esa manera no se da cuenta de que no hay nada más maravilloso y extraordinario que el hecho de que el Hijo de Dios haya entregado su vida por nuestra salvación. Para los creyentes el camino comienza en el momento que nos encontramos con Jesús, el Señor de la vida y de la historia, y nos llama a seguir escuchando su Palabra y a formar parte de su grupo de seguidores y seguidoras allí donde nos encontremos.

La aparente debilidad de Cristo crucificado se convierte en “*fuerza liberadora y salvadora*” para todos los que creen en él. Jesús les dice: **«Destruid este templo y yo lo levantaré en tres días»**; se lo dice a ellos, nos lo dice a nosotros en este tercer domingo de Cuaresma, porque tenemos que mirar a las personas y no a las piedras en las que muchas veces nos encerramos.

«Los judíos exigen señales milagrosas [...]. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado». No sé si los cristianos de nuestro tiempo seguimos buscando señales milagrosas en las que afianzar nuestra fe, o bien doctos discursos y argumentos irrefutables que desafíen y convenzan nuestra razón. Sea como sea, no podemos anunciar a otro que no sea Cristo crucificado, lo que para muchos no es sino escándalo y locura. Démonos tiempo en esta Cuaresma de mirar al Crucificado. Démonos tiempo de contemplarlo y vislumbrar así el rostro de Dios que sale a nuestro encuentro en el templo del cuerpo de su Hijo.